

Presentación.
La batalla de la OTAN en España.
Un tardío ajuste ideológico

Abdón Mateos

Centro de Investigaciones Históricas
de la Democracia Española (UNED)

Las izquierdas españolas tuvieron en la cuestión de la seguridad internacional una de las últimas batallas de la transición. La subcultura política del pacifismo obrero era una de las tradiciones más antiguas de la izquierda española desde la época de la guerra de Cuba y los conflictos en el protectorado de Marruecos. Con la configuración de un mundo bipolar tras la Segunda Guerra Mundial, el proceso de la construcción europea se convirtió en una ilusión de tercera vía socialista frente al occidente capitalista y el bloque comunista. Los pactos de Franco con Eisenhower añadieron la pulsión antiamericanista al tradicional pacifismo internacionalista obrero. El sueño de unos Estados Unidos Socialistas Europeos, que construyeran su propia comunidad de defensa, no fue ajeno a socialistas españoles pertenecientes a diversas organizaciones como el PSOE, el Movimiento Socialista de Cataluña (MSC), el POUM e, incluso, la fracción política del Movimiento Libertario. Sin duda, el europeísmo que concebía a Europa como una comunidad democrática de ciudadanos más que de pueblos donde realizar la justicia social fue una de las esperanzas del exilio¹.

El retorno de la democracia con la transición y el recrudescimiento de la guerra fría a partir de 1979 trajo a un primer plano de la agenda política el tema de la pertenencia de España a la OTAN.

¹ Realizado en el marco del Proyecto HAR 2012-34132.

Aunque, desde un principio, el moderado líder del PSOE, Felipe González, manifestó que no estaba en contra de la OTAN, sino de un nuevo ingreso, el de España, en la Alianza Atlántica, el deseo de alcanzar el poder hizo que la bandera anti-OTAN se convirtiera en uno de los principales arietes socialistas contra los gobiernos de UCD. La campaña socialista fue también una forma de aglutinar el voto disperso de extrema izquierda y de un PCE en descomposición.

El PSOE, a través de la Internacional Socialista, se había implicado en activas campañas por el desarme y la defensa de los procesos antiimperialistas en América Latina. Incluso, en clave interna, el nuevo responsable de los asuntos internacionales del PSOE, Fernando Morán, que había sustituido al sevillano Luis Yáñez a partir de 1979, compartía el ideal de una política europea de defensa y seguridad que, al mismo tiempo, mantuviera la peculiar inserción española en Occidente a través del Tratado con Estados Unidos. Una opción europeísta que contrastaba con la denuncia de la «gibraltarización» de España que había hecho Indalecio Prieto desde el exilio después de la firma de los pactos de 1953.

Se ha denominado la actitud de González ante la Alianza Atlántica como de «ambigüedad calculada», siendo criticada por su tibieza en el seno del PSOE. En cualquier caso, la izquierda parlamentaria representada por el PSOE y el PCE percibió que la entrada en la OTAN rompía una especie de «pacto tácito» para no cuestionar las bases militares norteamericanas establecido desde los Pactos de la Moncloa.

La llegada al poder del PSOE trajo consigo una cura de realismo político, convirtiéndose las cuestiones de defensa y seguridad en uno de los últimos ajustes ideológicos de los socialistas, pese a la existencia de un potente movimiento pacifista y de un terror ciudadano a un posible holocausto nuclear, consecuencia de una guerra entre los bloques.

Esa angustia la compartí como joven estudiante universitario al inicio de los años ochenta, vinculándome a asociaciones como Food and Disarmament International o Amnistía Internacional y afiliándome al PSOE y a la UGT, sintiendo simpatía por la corriente Izquierda Socialista. Creo que fue una emoción compartida por los más jóvenes más que por el conjunto de la sociedad española de aquel entonces.

A partir de 1983, Felipe González se solidarizó con la postura del canciller alemán Kohl ante el despliegue de los euromisiles frente a la denuncia del SPD en la oposición y del presidente de la Internacional Socialista, su antiguo «padrino» Willy Brandt. En realidad, todo apunta a que esta insólita declaración respondía a una búsqueda de apoyo del canciller alemán Helmut Kohl en las negociaciones de entrada de España en la Comunidad Económica Europea que desbloqueara las reticencias francesa y británica.

El giro fue anunciado también por intelectuales socialistas, como Fernand Claudín y Ludolfo Paramio, en la primavera de 1984, anticipando un nuevo decálogo socialista en el Parlamento y el giro del congreso del partido a finales de ese mismo año. El ajuste provocó diferentes divergencias en el seno de la familia socialista. Mientras que los socialistas catalanes del PSC-PSOE tuvieron que cambiar de postura a última hora, otras organizaciones de la familia socialista como las Juventudes y, sobre todo, UGT desarrollaron una oposición discreta contra la OTAN. Al mismo tiempo, la corriente Izquierda Socialista desarrolló una de las principales batallas en su función de «conciencia ideológica» de su breve historia tras su creación con ocasión del congreso del «marxismo» en 1979.

Por último, la cuestión del referéndum sobre la permanencia de España en la OTAN en 1986 permitió un nuevo modesto aglutinamiento de la izquierda y de los movimientos sociales en torno al PCE con la creación de la coalición Izquierda Unida, si bien sin poder absorber el voto de la mayoría de los votantes del NO.

Como señalo en mi artículo, me parece que el ajuste ideológico más importante del socialismo español, desde una perspectiva europea y comparada —en su peculiar transición interna durante la primera década de la democracia—, fue el abandono del llamado neutralismo activo. En realidad, esta modulación ideológica tuvo escaso desarrollo temporal durante los años setenta y estuvo asociada a la idea de un socialismo del sur de Europa o mediterráneo, diferenciado del comunismo soviético y de la socialdemocracia de posguerra. La cuestión de la Alianza Atlántica había provocado también divisiones entre los socios del PSOE en la Internacional Socialista desde la posguerra. Si bien el socialismo francés y los socialdemócratas italianos habían sido firmes defensores del atlantismo, los socialistas italianos habían oscilado entre el soviétismo y el neutralismo hasta su entrada en los gobiernos de centro-izquierda en 1963.

Esta «conversión» al realismo político, no obstante, provocó la escisión de un sector del ala izquierda del partido encabezada por Lelio Basso. Más adelante, en la era Craxi, el despliegue de los euromisiles todavía provocaría tensiones entre los socialistas italianos. Por su lado, el minoritario socialismo francés del Partido Socialista Unitario de Rocard, de los izquierdistas del CERES y, ya desde los años setenta, del propio nuevo líder Mitterrand del refundado Partido Socialista, insistió en el rechazo de los bloques y el reforzamiento de la organización europea para la defensa (la UEO).

La convocatoria de un referéndum en marzo de 1986 para decidir la permanencia de España en la OTAN provocó un intenso debate político en la prensa y una amplia movilización social en la calle, que se caracterizó por el protagonismo de los intelectuales. Esta polarización de los intelectuales, analizada por Javier Muñoz Soro, puede explicarse por la división que el referéndum supuso entre los votantes del PSOE, el cual, una vez llegado al poder, había cambiado su promesa de salir de la Alianza Atlántica. De manera que el partido y el gobierno socialista se empeñaron en una agresiva campaña en la opinión pública a favor del SÍ, más aún cuando la oposición conservadora anunció que propugnaba la abstención. Los términos del debate marcaron una ruptura definitiva con la memoria antifranquista y una escisión dentro de la intelectualidad de izquierdas que tendría consecuencias duraderas, sobre todo en la primacía de los partidos políticos sobre la sociedad civil.

Entre 1981 y 1986, en España se desarrollaron notables movilizaciones contra la entrada y permanencia del país en la OTAN. En ellas confluyó un amplio abanico de fuerzas, desde los nuevos movimientos sociales (como el ecologista y el pacifista) hasta los sindicatos y los partidos que se situaban a la izquierda del PSOE. En su artículo, Emanuele Treglia pretende profundizar en las razones y las dinámicas que caracterizaron dichas protestas, centrándose sobre todo en el papel desempeñado por las diferentes organizaciones comunistas y sus culturas políticas. En este sentido examina cómo, al calor de las movilizaciones y a raíz del referéndum celebrado en 1986, fue creado un nuevo sujeto político: Izquierda Unida. Con el nacimiento de la nueva formación acabó la larga transición del PCE, que empezó a salir de su crisis encontrando un nuevo marco de acción política que perdura hasta hoy en día. En cambio, para LCR y MC la campaña contra la OTAN representó el canto del

cisne: los últimos dos partidos de la izquierda radical nacida en el «largo 68» empezaron en 1986 su declive definitivo.

Sobre las contradicciones internas en el seno del PSOE profundiza Guillermo León Cáceres. Contradicciones que vivió traumáticamente Izquierda Socialista, corriente interna constituida en 1980 sobre los rescoldos de las luchas político-ideológicas vividas en el PSOE a finales de la década anterior, que defendió desde sus orígenes la neutralidad. Esta posición neutralista, sentida como seña de identidad irrenunciable por el ala izquierda socialista, contó con numerosos apoyos en el XXX Congreso del PSOE (1984), pero resultó derrotada. A partir de entonces, y hasta el referéndum de 1986, la grave crisis vivida por Izquierda Socialista, plasmada en la hostilidad externa y una honda división interna, fue un reflejo de un modelo organizativo partidista, altamente jerarquizado, que dificultaba seriamente el despliegue de corrientes en su interior.

Sin embargo, se puede afirmar que la batalla de la OTAN, aunque movilizó a la militancia de la izquierda política y social española durante los tiempos de la transición y consolidación democráticas hasta 1986 más que al conjunto de la sociedad española, no trajo consigo decisivas líneas de fractura en el seno de la izquierda parlamentaria, sin amenazar la hegemonía socialista y sin permitir que el rechazo fuera aglutinado por la naciente nueva coalición política, promovida por el dividido PCE, Izquierda Unida. En cualquier caso, la ambigüedad de Felipe González ante la Alianza Atlántica trajo consigo que la adquisición de una cultura internacional se viera retrasada, tensionando a la sociedad española y agravando los defectos del llamado «felipismo» en el seno del PSOE.